

**LA CASA MUERTA**

**Yannis Ritsos**

**Traducción: Selva Ancira**

(De toda la familia no habían quedado sino dos hermanas. Y una de ellas había perdido el juicio. Se imaginaba que su casa se había trasladado a algún lugar en la antigua Tebas o, más bien, a Argos; confundía la mitología, la historia y su vida privada, el pasado y el presente, el futuro no. Sólo el futuro. Con el tiempo recuperó la cordura. Fue ella quien habló conmigo la noche en que llegué del extranjero trayendo un recado de su tío, el hermano de su padre. La otra no se personó. De vez en cuando se adivinaba el silencioso andar de sus pantuflas en la alcoba contigua mientras la mayor hablaba):

Ahora las dos hermanas pequeñas deambulamos solitarias por esta casa interminable-pequeñas, es un decir, -hace años que nosotras también envejecimos, pero somos las más pequeñas de la familia -y las únicas, por cierto, que aún quedamos. No sabemos

qué hacer con esta casa, como arreglárnoslas; -

venderla nos parece mal -hemos pasado aquí toda una vida-

éste es el lugar de nuestros muertos -uno no puede vender a sus muertos-

y por otro lado, ¿quién querría llevárselos? Y trajinar con ellos

de una casa a otra, de un barrio a otro, -

es muy cansado y peligroso- ya se han acomodado aquí

uno a la sombra de una cortina, otro debajo de la mesa,

otro detrás del ropero o más allá de los ventanales de la biblioteca,

otro en el cristal de la lámpara -tímido y modesto como siempre,

otro sonriendo discreto por detrás de esas dos sombras finas y cruciformes

que sobre la mampara trazan las agujas de tejer de mi hermana la menor.

Los muebles grandes los encerramos en el piso de abajo,

lo mismo que las alfombras pesadas y las cortinas de terciopelo o seda,

los manteles, las servilletas bordadas, los vasos y las copas, las vajillas,

las grandes bandejas de plata que antaño reflejaban

íntegro el ancho rostro de la hospitalidad,

las mantas, los edredones y la ropa blanca de seda,  
la ropa de lana, los bolsos, los abrigos,  
los nuestros y también los de los muertos -todo mezclado-  
guantes, encajes y plumas de avestruz de los sombreros de nuestra madre,  
el piano, guitarras, flautas, tambores,  
y caballos de madera y muñecas de cuando éramos niñas,  
uniformes de gala de papá y el primer pantalón largo de nuestro hermano mayor  
el estuche de marfil con los bucles rubios del menor, el cuchillo con adornos de oro,  
trajes de montar y mochilas y capotes -todo mezclado,  
sin naftalina o flores de lavanda en bolsitas de tul.

También clausuramos las habitaciones. Sólo mantuvimos  
las dos alcobas del piso superior que dan al poniente,  
el corredor y la escalera, por supuesto,  
por si alguna vez necesitamos salir durante la tarde a pasear por el jardín  
o a comprar alguna cosa rápidamente por los alrededores.

Y no se puede decir que hayamos conseguido el sosiego. Nos libramos desde luego  
de movimientos vanos, de arreglos absurdos, de esfuerzos innecesarios  
por un orden imposible, por una organización impracticable. Sin embargo,  
la casa, así desnuda y cerrada, ha adquirido  
una resonancia terrible, sutilísima  
cuando pasa un ratón, una cucaracha o un murciélago.

Cada sombra en el fondo del espejo, cada chasquido  
de los minúsculos dientes de la carcoma o la polilla,

resuenan al infinito hasta las más delicadas fibras del silencio, hasta el fondo de las venas

de la más inverosímil de las alucinaciones. Abajo en el sótano,

en medio de las tinajas,

se oye nítidamente el golpeteo del telar de la más pequeña de las arañas,

o la sierra del herrumbre en el mango de los cubiertos

y, de pronto, un golpe seco en la antesala de abajo

cuando un trozo de fieltro se desprende y cae

como si se derrumbara una construcción antigua, amada.

Y a veces, al alba, cuando el basurero pasa por el arrabal vecino

su lejana campana resuena en todos los recipientes de vidrio o de metal,

en el hierro de las camas, en los retratos de los ancestros,

en los botoncitos del disfraz de Pierrot que alguna vez se puso nuestro hermano menor

una hermosa noche de carnaval-y cuando volvimos a casa nos asustamos,

nos ladraron unos perros, mi vestido se enganchó en la cerca,

corrí para alcanzar a los demás; la luna apretó su rostro

tanto contra el mío -no podía dar un paso

y los otros me gritaban desde detrás de los árboles

y en otro lugar se oían los abalorios de los disfrazados

y los flecos de vidrio de los astros en lontananza, más allá del misterioso mar de Mirtos,

y cuando por fin llegué todos me miraron con estupor

porque mi rostro brillaba de polvo dorado

como aquél con el que chaparon las viejas arañas del comedor

o los espejos de los salones con sus consolas tan elegantes y tan bien talladas-

También a ellas las encerramos en las habitaciones inferiores. Podríamos, por supuesto,

haber conservado algo de todo aquello para nuestro uso personal,

alguna mecedora cómoda para descansar, algún espejo

para peinar de cuando en cuando nuestros cabellos. Pero ¿quién se iba a encargar de ellos? Por lo menos así,

aun si oímos cómo se deterioran, no lo vemos. Todo nos ha abandonado.

Y si conservamos estas dos alcobas,

las dos más frías, las más desnudas, las más altas es, quizá,

para poder ver las cosas desde arriba

y tal vez también de lejos, para tener la sensación

de que vigilamos y dominamos nuestro destino; sobre todo

a la hora en que cae la noche y todo tiende hacia la tierra tibia,

aquí el frío es cortante como una espada

que siega el deseo de una nueva alianza o la esperanza

de un encuentro imposible; y es casi un bienestar

en este frío altivo y puro.

Y estas dos alcobas cuelgan en la inmensa noche

como dos faroles apagados en la más desierta de las playas,

sólo el relámpago las abraza un instante y las apaga

las penetra y las cuelga transparentes en el vacío,

también ellas vacías.

Pero, si por casualidad alguien pasea por la loma de enfrente, la de las espinas,

a la hora tardía en que se hunde el sol y todo se hace pálido, deslucido, liliáceo,

a la hora en que todo parece perdido y todo parece posible, entonces

el paseante solitario de la loma también  
parece apacible y agradable, alguien que todavía podría  
sentir por nosotras cierta compasión; -entonces la loma también parece  
apacible, a la misma altura que nuestra ventana, tanto  
que si él volviera hacia aquí para ver los cipreses  
apostarías a que si diera un paso más, atravesaría  
nuestro dintel,  
entraría en nuestra alcoba como un antiguo conocido y, digo yo,  
nos pediría un cepillo para quitar el polvo a sus zapatos. Pero aquél  
no tarda en perderse detrás de la loma  
y queda de nuevo frente a nuestras ventanas  
la curva de la loma, silenciosa como una reverencia,  
y el ocaso amargo y resignado que desciende entre las sombras.

Y no es que nuevamente nos hubiéramos acostumbrado -pero ¿qué hacer?- Todo nos  
ha abandonado-

como también nosotras lo abandonamos todo -así se restituyó  
un equilibrio casi justo, sin resentimiento mutuo,  
sin remordimiento y sin tristeza, -¿acaso podría haber sido de otra manera?

Ahora ya nos quedamos aquí, como en las manos quedan manchas amarillas de polen  
cuando se cortan flores en el jardín al atardecer, muchas flores  
para los jarrones del comedor y los dormitorios de los muertos  
como el polvo del camino que se cuele por la verja y espolvorea los tallos  
como unos cuantos bichos, alados o desalados,  
y unas cuantas tibias gotas de rocío,

como esas arañas finísimas e inevitables  
que anidan entre las flores, y cuando se apaga el rojo del ocaso en los cristales  
se tiene la sensación de un cuchillo afilado que se aroma  
por la sangre y la leche de las flores -una extraña sensación, mezcla  
de terror y asesinato- una belleza ciega, amable, aromática e infinita,  
una ausencia desnuda. Así es. Todo nos ha abandonado.

Aquel último día, las esclavas dejaron escapar un grito y corrieron-  
un grito estridente que se quedó suspendido en el tenebroso corredor  
como una gruesa espina de pescado en la garganta de un huésped desconocido  
o como un sable oxidado en el ancho féretro del muerto,  
un grito -sólo eso- y salieron corriendo  
con los rostros hundidos en las manos; sólo cuando llegaron  
allá al final de la escalera de mármol, detrás del peristilo,  
se mostraron negras, pequeñas, encorvadas,  
inmensamente recelosas e interesadas,  
calculadoras, rencorosas, con un celo consciente y premeditado,  
-se detuvieron un momento, desligadas ya de su grito anterior,  
descubrieron sus rostros,  
estudiaron atentas la escalera para no caer  
pese a que sus pies habían aprendido de memoria cada peldaño  
y la conocían cuan larga era, con todos sus descansos  
como un poema escrito en la página de atrás de un calendario,  
o como una canción de aquellas que entonan los soldados después de la batalla  
esas que les enseñaron los pocos soldados que alguna vez volvieron del frente-

soldados todavía bellos y un poco tristes  
con pies grandes y manos grandes, con piojos en sus camisetas,  
con galerías subterráneas y astros derribados en sus ojos,  
con pestañas rizadas y azul oscuras como la sombra de la fortaleza en una fuente,  
con algo de dureza e impaciencia en sus bocas,  
algo de virilidad extrema y a la vez de indiferencia, como si hubieran besado  
en los brazos cruzados o en la frente a muchos muertos  
como si hubieran abandonado a sus compañeros heridos corriendo por el desfiladero  
bajo el aguanieve  
y aún más, como si hubieran robado a un enfermo la cantimplora sobre la que  
reposaba la cabeza. Pese a todo

los soldados cantaban por la noche en la cocina, (nosotras, entonces pequeñas,  
los oíamos detrás de las puertas -no nos dejaban  
entrar en esas cocinas con objetos extraños, desconocidos,  
con aromas misteriosos a pimienta, ajo, apio, tomate,  
y otras complicadas fragancias que no delataban su fuente,  
con esas voces sibilinas del fuego, del humo, del agua que borbotea,  
con los ruidos entre cruzados de los rápidos cuchillos,  
con las temibles torres de platos sucios  
y los grandes huesos desnudos y ensangrentados de animales fantásticos.

Ahí reinaban las criadas con sus insinuantes delantales  
en medio de la alquimia de las verduras, las carnes, las frutas, las espinas de pescado  
hechiceras secretas, con sus enormes cucharas de madera,  
profetizando por encima del vapor de las calderas,  
moldeando con el humo a una mujer delgada, sacrificada con un peplo blanco



o barcos de tres mástiles con gruesos cordajes, blasfemias y marineros  
o moldeando la larga barba de un ciego transparente con una lira en las rodillas-  
quizá por eso no nos dejara entrar nuestra madre;  
y a veces encontrábamos un puñado de sal detrás de alguna puerta,  
o la cabeza de un gallo, con su cresta como una pequeña puesta de sol, sobre una teja  
rota.

No decíamos nada a los adultos, porque cuando se entreabría el batiente de la puerta  
de alguna cocina

el espectro del humo se escapaba de costado y flotaba durante horas en el pasillo,  
alto, amenazante, con un casco de cristal del que colgaba una cola de caballo; el  
espectro

solitario, aromático, brutal e incorpóreo

sin osamenta alguna y sin embargo omnipotente. Así oíamos

por detrás de las puertas hasta bien entrada la medianoche,

hasta que caíamos en un sueño rojo salpicado de chispas). Y bien, los soldados  
cantaban

bromeaban a veces con las sirvientas,

se quitaban sus botas militares y con las manos

se frotaban los dedos gordos de los pies

y luego se secaban el vino de sus carnosos labios

o se rascaban sus velludos pechos y sus muslos,

asían al azar los senos de las mujeres

y de nuevo cantaban (los oíamos hasta en mitad de nuestro sueño), cantaban

con los rostros ocultos entre sus grasas cabellos,

marcando imperceptiblemente el ritmo con sus pies desnudos sobre las baldosas

o con los dedos sobre el cántaro o el vaso  
o sobre la madera de la mesa (la que sirve para picar la carne),  
bajo, muy bajo (no fuera a ser que oyeran los amos desde dentro);  
y entonces la nuez de sus gargantas subía y bajaba  
como un nudo en una gruesa cuerda que se disputan dos rivales,  
como un nudo en una cuerda que subió de un pozo profundo,  
como un nudo en los intestinos. Por eso las mujeres

oyéndolos lloraban histéricas,  
se rasgaban las vestiduras, se quedaban desnudas y les imploraban  
y los sentaban en sus rodillas como a niños enfermos a los que a toda costa querían  
sanar  
y deseaban encerrados a todos en sus vientres  
-quizá para llenar su propio vacío,  
sus propias entrañas, -encerrados  
hondo, muy hondo y asfixiados  
para protegerlos y para conservados  
sólo ellas- y después parirlos

en un momento más propicio, en una casa más blanca,  
en una casa más aireada y más soleada, con menos sombras  
de columnas, de tinajas, de asesinatos, de espadas, de glorias y de féretros,  
con menos agujeros invisibles en los muros, -agujeros  
de clavos para los espejos acerados y los vestidos de noche,  
de clavos para colgar los uniformes, las trompetas, los tambores, los cascos, los  
escudos  
o las cuerdas de los juguetes enmudecidos de los niños muertos

o los iconos, las coronas nupciales, las marmitas; agujeros, por supuesto, cerrados por las reparaciones, los recientes estucados, enlucidos, pero siempre abiertos más adentro, más hondo, en la memoria.

Así pues querían paridas en un lugar más amplio,  
luminoso y firme, no minado  
por criptas, catacumbas y sepulcros,  
en una casa desprovista de puertas que se cierren  
y detrás de las que se oyen  
susurros, sollozos, y el estruendo  
de los cabellos de una mujer  
al derramarse sobre sus rodillas,  
o el golpeteo impasible de un zapato  
más allá de la cama; finalmente

en un lugar de una soledad, una franqueza y una seguridad inexplicables,  
en un campo primaveral, en medio de la cebada joven,  
junto a un caballo rojo y un asno ceniciento y bueno,  
junto a un perro, una vaca, dos ovejas,  
dentro de la sombra única de un arado. Pero aquéllos

ni oían ni veían ni sentían,  
valerosos e indiferentes, ebrios de muerte,  
hundidos en su misma canción –una canción  
nada heroica, que no se podía calificar de melancólica o lastimera-  
una canción que, seguro, habían aprendido de las mujeres de su pueblo,

y que ahora, de regreso del frente,  
enseñaban a las mujeres más jóvenes. Y bien, las sirvientas  
  
conocían esta escalera tan bien, como aquella canción aprendida de nuevo  
con todas sus pausas, sus intervalos, sus cadencias,  
con todas sus piedras tonales y atonales,  
con la cesura principal del rellano; miles de veces la subieron y la bajaron  
en otros tiempos, en días felices,  
cuando llevaban los guisos recién salidos del horno  
o las grandes jarras de vino proveniente de las cavas  
o los anchos panes y los fiambres y las frutas  
o los brazados de rosas, claveles, margaritas  
o las modestas ramas de olivo y las ramas de laurel resplandecientes de rocío  
matutino-  
otros días, en bodas, bautizos, festejos, aniversarios,  
en días de triunfo y de gloria, cuando el mensajero cubierto de polvo  
caía con el último aliento sobre esta escalera  
y besaba el mármol y lloraba  
y soltaba el recado con voz varonil, más bien ronca,  
extraña en medio del rumor de su último sollozo;  
  
y los criados de la casa y algunos ancianos que pasaban  
oían apretujados en el peristilo  
y las criadas en las puertas con sus delantales levantados hasta los ojos  
y nuestra madre, la señora de la casa, en medio del patio  
y la nodriza a su lado como una encina fulminada

y más allá el maestro, amarillo como un cirio enmarcado en su rala barba,  
como una mano descarnada enganchada a las cuerdas de un arpa  
y las hijas menores inmóviles en las ventanas  
ocultas detrás de sus sueños y de sus recelos,  
oyendo y no entendiendo,  
observando la hermosa flexión de la rodilla del mensajero,  
su juvenil barba castaña y sus negros cabellos  
rizados y compactos por el sudor y el polvo  
y una ramita espinosa enganchada en su túnica -Así pues  
los bosques caminan y las mesas se levantan sobre dos de sus patas como los caballos  
y los trirremes bogan encima de los árboles cuando el sol se pone  
y los remeras se hunden y se yerguen, se hunden y se yerguen, se hunden y se yerguen  
al ritmo, es obvio, del amor; y los remos  
son mujeres desnudas colgadas de los cabellos  
que se agitan y se sacuden resplandeciendo dentro del mar  
hasta que detrás de los trirremes se dibuja la espuma de la galaxia. De modo que-

el mensajero anunciaba la esplendorosa victoria  
en medio de mil y una muertes -sin contar a los heridos-  
al final también anunciaba la llegada del señor  
con multitud de trofeos y estandartes y carros y esclavos  
y una herida en medio de la frente -decía-  
como un ojo nuevo, prodigioso, por donde la muerte vigilaba  
y el señor ahora veía hasta dentro de las entrañas  
de los lugares, de las cosas, de los hombres,  
como si todo fuera de un cristal transparente y él leía sin dificultad

el ritmo de nuestra sangre, nuestro estado de ánimo, nuestro destino,  
las venas de oro que surcan la piedra  
y las vetas del carbón que se extienden en la oscuridad subterránea  
y los nervios argénteos del agua que se ramifican en el interior de las rocas  
y los ligeros escalofríos de culpabilidad debajo de la ropa y de la piel.

Todos oían (nosotras también) como petrificados,  
inquietos todos, encorvados y sin lágrimas  
como si se hubieran vuelto de cristal  
y todos los miraran, y ellos se miraran  
con su esqueleto desnudo en el cristal, también él de cristal,  
frágil, ya sin protección ninguna. Y, con todo,

en esa ausencia total de cautela  
en esa fragilidad mortal  
en esa transparencia sin sombra

de pronto se sintieron aliviados, disueltos  
en la infinitud de la transparencia, infinitos ellos también,  
como inocentes en medio del pecado universal,  
todos como hermanos en el desierto universal de la hostilidad mutua  
como armados por lo que el hombre tiene de indefenso,  
hermosa y distinguidamente vestidos con la desnudez universal.

«Que venga el señor» -dijo la señora de la casa, nuestra madre.

«Que sea bienvenido. También él de cristal.

De cristal. De cristal. Helo aquí, -también nosotros conocemos ese ojo-  
lo tenemos aquí, también nosotros, en medio de la frente.

La muerte la aprendimos bien también nosotros. Sabemos. Vemos.

Él fue el primero que nos la enseñó. Nosotros los primeros en recuperar la vista.

Que sea bienvenido el señor de cristal con su espada de cristal  
ante su esposa de cristal, sus hijos de cristal,  
sus súbditos de cristal, que llevan tras de sí  
rebaños de muertos de cristal, botines de cristal, esclavas de cristal,  
trofeos de cristal. Que repiquen, pues, las campanas;  
que los guardianes enciendan de una almenara a la otra las señales del fuego  
por nuestra victoria de cristal -sí, la victoria nuestra,  
la victoria de todos nosotros. Porque también nosotros luchamos  
en la paciencia y sobre todo en la espera insoportable, la de los mil ojos. Y los que  
cayeron  
son, también ellos, vencedores -son los primeros- y ven.

Que repiquen, pues, las campanas de un extremo al otro del horizonte.  
y vosotras, criadas, ¿por qué os quedáis quietas? Preparad  
los alimentos de cristal, los vinos de cristal, las frutas de cristal;  
no tarda en llegar nuestro amo de cristal. Ya llega».

Así habló la señora y sobre sus sienes se veía  
martillar la sangre, y también se veía  
el sudor antes de que se formara y antes de que corriera por sus azuladas mejillas.

La vieja nodriza que la sostuvo un instante  
cuando pareció a punto de desmayarse, ahora la ayudaba con su experimentado  
silencio,  
la cubría con su sabia sombra bajo las marcadas cúpulas  
de sus ojos dilatados. Luego sacudió  
su delantal negro como si ahuyentara  
un ave negra. Y el mensajero se fue.

Una lechuza voló a ras del portal  
pese a que aún era temprano por la tarde-  
no se había hecho todavía de noche y la sombra de la lechuza se grabó indeleble  
justo encima de la puerta (todavía existe). Las criadas entraron corriendo.  
La señora olvidó engalanar a sus hijos. Entró al cuarto de baño.  
Llenó la bañera con agua caliente y no se bañó. Al poco rato  
se encerró en su alcoba y se pintó frente al espejo  
roja, roja, completamente púrpura, como una máscara, como una muerta, como una  
estatua,  
como una asesina o incluso una asesinada. Y el sol a lo lejos se escondía  
amarillo y encendido como un rey adúltero,  
como el usurpador de un trono ajeno vestido con ropajes de oro,  
arisco por su cobardía y temible dentro de su miedo  
mientras las campanas tañían locamente en todo el país.

Sí, esta escalera la conocían bien las criadas,  
después de tantos y tantos años en esta casa,  
y sin embargo se descubrieron los rostros y la miraron,  
por un momento retrocedieron, no las fueran a ver,



y luego se volvieron a cubrir el rostro con las manos y se fueron  
negras, pequeñas, asquerosas, encorvadas,  
como manchas negras, como moscas en tiempos de paludismo  
bajo la lluvia petrificada del peristilo  
sólo la gran escoba quedó al revés detrás de la puerta de la cocina  
como una pesadilla con los pelos hirsutos incapaz de gritar. Todos nos han  
abandonado.

Trajimos sirvientas de fuera para que lavaran la escalera,  
para que limpiaran bien el mármol, para que lo restregaran. Al poco  
el mármol sudaba sangre otra vez. Se fueron las sirvientas. Nos abandonaron.  
Nosotras también lo abandonamos todo -dejamos de barrer, de fregar, de quitar las  
telarañas.  
y la piedra siempre lo mismo -a vomitar cada vez más sangre.

Un río rojo cercó nuestra casa;  
nos separamos del mundo exterior;  
más tarde el mundo también nos olvidó;  
ya no nos temían; ya no temíamos.

Todavía pasaban, es cierto, aunque a lo lejos, algunos transeúntes,  
pero ya no se santiguaban  
ni escupían para conjurar los fantasmas.  
El camino a nuestra casa  
se cubrió de hierbas, de ortigas, de zarzas  
y de silvestres flores azules -dejó de parecer camino.

Por las noches, si alguna mujer, rezagada,  
todavía lavaba en el río y se oía el golpeteo de la pala  
sobre los tejidos mullidos y mojados, nadie decía  
que un cuchillo se hundía en la carne  
ni que cerraban un escotillón secreto  
ni que lanzaban un cadáver a la zanja por la ventana que da al norte -simplemente  
decían  
que una pala golpeaba la ropa,  
y por el sonido distinguían  
si el tejido era de lana o de algodón, de seda o de lino  
y sabían que una mujer blanqueaba el ajuar de su hija,  
se imaginaban hasta el día de la boda,  
la palidez del novio, el rubor de la novia,  
la unión de los dos cuerpos de alguna manera incorpóreos  
a través de la cortina de tul de la cama  
y que el viento nocturno movía. Tantos detalles  
y tanta exactitud también (¿no es acaso modelo de equilibrio?)  
como esa sensación de lo esencial,  
como si lo que sucedió, lo que siguió hubiera sido necesario-  
esa sensación de lo inevitable y de lo irresponsable, y además  
una vena musical que vibra en el aire  
y que oyes una y otra vez, sin saber  
  
dónde se encuentra -¿un poco más arriba de los árboles?  
¿debajo de los solitarios bancos del jardín?  
¿en el interior de aquel baño? ¿encima del río rojo?

o en el arsenal condenado de nuestro padre con los trofeos de tantas guerras vanas  
o en las sandalias vacías de nuestro hermano mayor ausente hace años en los barcos,  
marinero,  
y que nadie sabe si algún día volverá,  
o en los cuadernos de dibujo de nuestro hermano menor que dejó de escribir desde  
el sanatorio,  
o en el guardarropa de nuestra desdichada madre  
con los vestidos largos, blancos y plisados y las anchas hebillas forjadas-

(con frecuencia, desde la ventana, por las noches vi esos vestidos  
andar solitarios bajo los árboles  
ondeando ligeramente como sombras a la luz de la luna, y detrás  
de sus emanaciones blancuzcas, detrás de su pálido ondear,  
se distinguía la fuente seca con el delfín de bronce  
crispado en un último destello de huida -aquella transparencia, cristalina  
que no dejaba marcas de remordimiento y de memoria  
porque incluso la memoria es inútil si hay una presencia o una ausencia continuas). En  
todo caso

aquella vena musical se oía por todos lados, y uno no sabía siquiera  
por qué era feliz, ni qué es la felicidad; sólo distinguía  
lo que nunca antes había advertido o visto  
libre, no obstante, de su peso. Tampoco conocíamos al mensajero,  
ni el asesinato, ni a las atemorizadas sirvientas que corrían,  
y yo era una de las dos jovencitas acodadas cada una  
en su ventana  
y que miraba a esas dos doncellas como desde debajo de la escalera o de la calle

casi desde el lugar del mensajero o el de la menor de las sirvientas  
yo que siempre estaba en la ventana; (con frecuencia envidiaba a las sirvientas  
por su salerosa grosería, su malicia, su jovialidad y su libertad,  
esa profunda libertad de la esclavitud que dispensa  
de decisiones y de iniciativas -las envidiaba).

Ah, no vi nada ni recuerdo nada; sólo esa exquisita sensación,  
tan sutil, que nos concedía la muerte: ver la muerte  
hasta el fondo de su transparencia. Y la música seguía  
como cuando alguna vez al alba despertamos temprano sin razón ninguna  
y afuera la atmósfera es exageradamente densa por los trinos  
de miles de pájaros invisibles -tan densa y tan difusa  
que no cabe nada más en el mundo -amargura, esperanza, remordimiento, memoria-  
y el tiempo es indiferente y ajeno  
como un desconocido que pasa tranquilo por la calle de enfrente  
sin siquiera mirar, sin contemplar nuestra casa,  
sosteniendo bajo la axila un montón de vidrios opacos y sucios todavía  
y no sabes para qué los quiere ni a dónde los lleva,  
qué sentido tienen y a qué ventanas están destinados  
y desde luego no se lo preguntas, ni siquiera lo ves perderse  
callado y discreto en la última vuelta del camino.

¿Quién ha conservado para nosotros todo esto con toda su exactitud y sus extensiones,  
lavado, contento, limpio y ordenado,  
despojado de toda herida y toda muerte?  
Y el río rojo alrededor de la casa -nada-

agüita pura de la lluvia tibia de anteayer  
que refleja el ocaso rojo hasta bien entrada la noche, hasta la hora  
en que se extiende aquella transparencia, inmensa, cristalina,  
y miras lo inmenso, lo imperecedero, lo invisible,  
inmenso, imperecedero, invisible también tú, rodeado  
de los quedos murmullos de los muebles y de los astros. Y nuestra madre sentada  
en la silla tallada, borda su eterna labor  
bajo la antorcha en la que las tres llamas vacilan  
cuando se produce una corriente entre las dos ventanas  
y nuestro padre ha partido de caza desde la mañana  
y en sus orejas se enreda la melancólica espiral del cuerno de caza  
y de los impacientes y familiares ladridos de los perros.

Mi hermana menor, escapando a la atención de la nana,  
en medio de la frescura del jardín sueña montada sobre el león de piedra,  
y todo está tan tranquilo-  
nadie cometió ningún error, no ocurrió nada,  
sólo el chirrido de una puerta en el piso inferior  
y la cancela de hierro del jardín -habrá traído el lechero  
un pote de yogurt de régimen para mamá -tiene  
miedo de engordar,  
y para los hijos es una felicidad que la madre de nuevo se preocupe de su peso,  
que se ocupe un poco de ella misma, que de cuando en cuando se mire en el espejo,  
que se haga un moño con sus abundantes y hermosos cabellos; -el yogurt  
adquiere un brillo fresco, marmóreo, azulado  
a la luz de las estrellas y a la sombra de los árboles; se oye

la voz queda de la más joven de las criadas  
que paga la leche de la semana y se demora  
contando el cambio una y otra vez. Y el jardín  
en su parte más alta, en su rincón más oscuro, de cuando en cuando  
centellea y brilla cuando los grandes heliotropos  
en plena noche desplazan sus tibios hombros  
y un vapor azulado apenas titila debajo de las fosas nasales de las estatuas  
como si las estatuas aspiraran en secreto los aromas húmedos de las rosas.

Nuestro hermano pequeño siempre pinta  
en el taller de los telares, finísimas acuarelas  
con un gusto decorativo como el de Knossos -jamás nos ha enseñado sus obras-  
o dibuja en el taller de alfarería, en cántaros grandes y pequeños  
con líneas negras o rojo teja de fingida austeridad  
a jóvenes guerreros o bailarines completamente ocultos  
detrás de enormes escudos -tanto que si uno no se fija  
podría pensar que sólo son círculos y más círculos, una cadena negra. Nuestro  
hermano mayor  
presentó su dimisión en la marina real; ahora  
siempre lee, muy serio, en la alcoba contigua. En medio de la quietud del tiempo  
se oye el pasar de la página como si una puerta secreta se abriera  
a un paisaje blanco, diáfano. Y en ese momento  
una puerta se abre en realidad. Llega nuestro padre.  
Ponen la mesa. Nos llaman.  
Todos bajamos la escalera interior.

Nos sentamos a la mesa y comemos, oyendo afuera en el patio  
los tímidos ladridos de los perros y la voz del capataz.

Así de sencilla es, pues, la vida. Así de hermosa.

Nuestra madre se inclina hacia su plato y llora.

Nuestro padre apoya la mano en su hombro.

«Es de felicidad» se justifica ella.

Y nosotros miramos por las ventanas abiertas

la noche inmensa y transparente con una luna delgada

como un dedo olvidado entre

las páginas azuladas de un libro quieto y cerrado.

Esta noche hace un poco de fresco. Está llegando el otoño, ¿sabe?

Mañana -pasado mañana cerraremos de nuevo la ventana.

En todo caso no será la leña lo que nos falte

no sólo tenemos los bosques, tenemos la madera de nuestros muebles viejos,

puertas pesadas, vigas, sofás, féretros, pipas, fusiles,

y hasta la silla de ruedas de madera del abuelo que nos abandonó, el pobre, hace ya años.

Si se va, diga, por favor, a nuestro tío que no se inquiete por nosotras. Estamos bien.

Y la muerte es blanda como un colchón al que estamos habituados

de lana, algodón, plumas o paja; -el colchón

ha adquirido la forma de nuestro cuerpo, es cómodo, -una muerte totalmente nuestra-

por lo menos ella no nos engaña ni nos evita -es segura,

y nosotros estamos seguros de ella -una seguridad austera y exquisita.

Pero si no se va de Argos, nos dará una gran alegría  
volver a verlo en nuestra casa. Para darle gusto desclavaré una puerta  
y le mostraré el arsenal de papá,  
le mostraré también aquel escudo sobre cuyo metal negro  
todavía están grabados los reflejos de mil posturas de los asesinados,  
le mostraré las huellas de la sangre y la fuente de la sangre  
y los túneles subterráneos por donde huyeron disfrazados de mujeres  
los doce guerreros barbudos con su pálido jefe,  
que aunque muerto, los guió infaliblemente hacia la salida.  
Por el otro lado quedó abierto el orificio  
mudo, profundo y oscuro como un error desconocido.

Y el lucero del crepúsculo -¿lo ha visto?- es suave el lucero en el crepúsculo,  
como una goma de borrar -no hace más que restregar un mismo lugar  
como si quisiera borrar uno de nuestros errores -¿qué error?-  
y un sonido imperceptible se percibe al pasar la goma una y otra vez  
encima del error -y el error no se borra;  
tiritas de papel caen sobre los árboles y centellean;  
agradable entretenimiento -y no importa  
que el error no se borre; basta el movimiento de la estrella  
un movimiento amable perpetuo pertinaz  
como un primero y un último sentido -ritmo; fuerza celestial  
y práctica a la vez, como la del telar y la del verso-  
va y viene, va y viene, la estrella se mueve entre los cipreses,  
lanzadera de oro en medio de largos hilos fúnebres,



ya ocultando, ya mostrando nuestro error -no, nuestro no,  
el error del mundo, un error del destino -¿qué culpa tuvimos nosotros?-  
error del nacimiento o de la muerte -¿se ha dado cuenta?  
son hermosas las tardes de otoño -reconciliadoras-  
que borran con una culpabilidad apacible, universal, la culpabilidad de cada uno  
y consolidan una secreta amistad entre nosotros,  
una amistad de ritmo -sí, sí, así, una amistad rítmica, rítmica- eso es- va y viene, va y  
viene  
nacimiento-muerte, acto amoroso-ensueño, acción-silencio -es una salida, le digo, que  
lleva  
por la puerta de atrás, la más oscura, directamente al cielo,-

y por allá sopla un vientecillo, se seca el sudor, -una pausa, Dios mío, un receso por fin  
y en plena noche se oyen claramente las conversaciones de las terrazas alrededor  
y el refrescante ruido del balde que saca agua del pozo del jardín,  
y la voz debajo de los árboles, que dice: «volveré»,  
y el resuello del niño que por primera vez se desabrocha solo su zapato  
y la flauta a través de la ventana abierta del estudiante -músico aficionado-  
una música que a fin de cuentas sube y se une  
a toda esa música exquisita, inútil y organizada de los astros.

Y, sí, se lo aseguro, aunque muerto los guió infaliblemente a la salida, -  
aun cuando sabemos que la salida, la mayoría de las veces,  
es una muerte distinta, necesaria, pérfida e inevitable.

Dígale, pues, a nuestro tío que no se preocupe por nosotras  
allá, en su prodigiosa y disciplinada Esparta.

También nosotros, aquí en Argos, estamos bien.

Sólo que más allá no hay nada -que lo sepa. Eso, que lo sepa.

(«Sí, sí», asentí mecánicamente y me levanté. No entendí nada. Un sentimiento de mágico terror se había apoderado de mí, como si de repente me hubiera encontrado frente a toda la decadencia y el encanto de una civilización antiquísima. Ya era de noche. Ella me acompañó hasta la escalera y me alumbró con una vieja lámpara de petróleo para que bajara. ¿Qué quería decir? ¿Y ese muerto que los guió hasta la salida? ¿Sería quizá?... No, desde luego, Cristo no. Y esa casa -no era la de Agamenón. ¿Y el hermano menor con sus disposiciones artísticas? ¿Quién era? Pero no había ningún segundo hermano. ¿Entonces? ¿Qué falta hacía esta casa? Y yo, ¿qué intentaba sacar en claro de las palabras de una loca? Había salido. Caminaba veloz y al oír mis propios pasos me detuve. Cierta amargura e insatisfacción me habían quedado en la boca, disueltas en la saliva por toda aquella vaguedad negruzca, como si hubiera mordido una piña de ciprés. Y sin embargo, al mismo tiempo, sentía algo firme, rico, limpio, que me procuraba una euforia especial y me hacía pensar con precisión matemática con cuánta facilidad superaría las dificultades futuras de mi trabajo que hasta ahora me habían parecido insuperables. Por entre los cipreses había asomado una luna enorme. Detrás de mi espalda sentía la masa sombría de aquella casa como una tumba imponente y antigua. Y si no otra cosa, por lo menos había aprendido qué debo y qué debemos evitar).

Atenas, septiembre de 1959